

LITERATURA Y REALIDAD: ESTUDIO COMPARATIVO LA MIRADA SOCIAL SOBRE LOS HIKIKOMORI Y LOS TUMBADOS

「引きこもり」と「寝こもり」に向けられる社会の眼の比較分析

Elena Gallego Andrada

エレナ・ガジェゴ・アンドラダ

周囲との絆を断って自分の部屋に閉じこもる所謂「引きこもり」が社会の注目を浴びてすでに久しい。日本発のこの現象はいまや他の「超先進国」へも波及し、国によって特徴の違いはあるものの *síndrome de la puerta cerrada* (スペイン語), *social withdrawal* (英語), *syndrome du retrait social aigu* (フランス語) などの呼称を生み出した。元より国によって特徴や症候は異なる。が一方、人間の心理は時空を超える普遍性を具えている以上、共通点や類似点が見出せる可能性は十分に考えられる。スペインの場合、日本の「引きこもり」によく似た *tumbado* (以後、「寝こもり」) の名で知られる現象がある。「寝こもり」は「引きこもり」よりも一足早く現れ、スペイン版「引きこもり」と見做すことができる。

「引きこもり」の原因は多種多様であり、かつ錯綜している。その究明は精神医学の分野に属し、筆者の力量が及ぶところではない。本稿の目的は主として「引きこもり」や「寝こもり」に向けられる社会の眼の分析にある。

Durante los últimos lustros estamos asistiendo al fenómeno social llamado “*Hikikomori*” (引き籠もり、jóvenes que se encierran en sus habitaciones y cortan toda relación con el mundo exterior) el cual tiene su origen en Japón pero poco a poco, aunque con características diferentes según cada sociedad, se va extendiendo al resto de los países

“extracivilizados”. En España, este fenómeno se conoce con el nombre de “Síndrome de la puerta cerrada”, en el mundo anglosajón como “Social withdrawal” y en el mundo francoparlante como “Syndrome du retrait social aigu”. Sin embargo, puesto que el alma humana es universal y supera las barreras de las diferentes épocas y países, también es posible rastrear, tanto en la vida real como en el mundo literario, casos con características y síntomas muy similares a las de los *hikikomori*, como el fenómeno de “los tumbados” en España.

El objetivo de nuestro estudio no es un análisis de las numerosas y complejas causas por las cuales se producen estos fenómenos, lo cual queda absolutamente fuera de nuestro alcance al pertenecer al campo de la psiquiatría¹. Vamos a centrarnos, por tanto, fundamentalmente en la mirada social proyectada sobre dichos fenómenos.

Nous ne sommes nous qu'aux yeux des autres et c'est à partir du regard des autres que nous nous assumons comme nous. Chaque regard nous fait éprouver concrètement [...] que nous existons pour tous les hommes vivants. (No somos nosotros más que a los ojos de otros y a partir de la mirada de los otros nos asumimos como nosotros. Cada mirada nos hace experimentar concretamente [...] que existimos para todos los hombres vivientes).

Jean Paul Sartre (1905-1980) [L'être et le néant (El ser y la nada)], 1943.

Alors, c'est ça l'enfer. Je n'aurais jamais cru... Vous vous rappelez: le soufre, le bûcher, le gril... Ah! Quelle plaisanterie. Pas besoin de gril, l'enfer, c'est les Autres. (Entonces, esto es el infierno. No lo habría creído nunca. Os acordáis: el azufre, la hoguera, la parrilla, ... ¡Ah! qué broma. No es necesaria la parrilla, el infierno, son los Otros)

Jean Paul Sartre [Huis Clos] scene V

J'ai dit souvent que tout le malheur des hommes vient d'une seule chose, qui est de ne savoir pas demeurer en repos, dans une chambre. (He

¹ Para un estudio a fondo de estos fenómenos desde el punto de vista psiquiátrico, véase el libro de Jesús J. de la Gándara, *Salud mental en la era posmoderna*, Comunicación Personal, 2007.

descubierto que todas las desgracias de los hombres provienen de una sola cosa, que es el no saber estar quieto, en una habitación.)

Blaise Pascal (1623-1662), [Pensées (Pensamientos)] II, 139.

Homo sum; humani nihil a me alienum puto. (Hombre soy, y nada humano me es ajeno)

Publio Terencio (185 a.C.-?, 159 a.C.), Heautontimoroumenos, I, 1, 77

En el libro “*Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo*”, recopilación de conferencias impartidas en Madrid, en la Sede de la Fundación de Ciencias de la Salud, entre los años 1999 y 2000, varios escritores españoles contemporáneos (Josefina Aldecoa, Luis García Montero, Almudena Grandes, Luis Landero, Julio Llamazares, Gustavo Martín Garzo, Luis Mateo Díez, Juan José Millás, Alvaro Pombo, Soledad Puértolas y Andres Trapiello) nos hablan desde su punto de vista personal y desde los más variados enfoques sobre las estrechas relaciones entre literatura y enfermedad, ya sea ésta física o mental.

En su conferencia “Tumbados y resucitados”, incluida en el libro mencionado, Luis Landero nos habla sobre el fenómeno de “los tumbados”².

Veamos a continuación el primer fragmento donde se puede percibir perfectamente la admiración que dicho fenómeno le despierta:

“Yo creo que mi primer recuerdo consciente o nítido de la enfermedad tiene que ver con un hombre postrado en una cama, no un hombre cualquiera, sino una de aquellas figuras casi legendarias que hubo en el sur hace ya años y a quienes les llamaban “Los tumbados”. Yo conocí de cerca una vez a un tumbado; esto es, no a un holgazán, a un neurótico o a un simple enfermo imaginario, sino a un auténtico e irrepetible

2 Luis Landero, “Tumbados y resucitados”, en VV.AA., *Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 83-103.

También nos habla Landero del mismo fenómeno en su obra, *Entre líneas: el cuento o la vida*, Tusquets Editores, Barcelona, 2001, pp. 140-143, y en “Los tumbados”, en VV.AA., *Este mundo: diez relatos y un poema*, Barcelona, Plaza&Janés, 1995, pp. 99-102.

*ejemplar de tumbado: a un hombre que una mañana opta por suspender su actividad laboral y social y se abandona espléndidamente a la inacción*³.

De estas líneas se desprende, en primer lugar, que este fenómeno es considerado una enfermedad de tipo mental ya que no menciona dolencia física alguna. En segundo lugar, que no es un fenómeno denigrante o vergonzoso, ni se considera al tumbado un parásito de la sociedad, más bien lo contrario, los tumbados producen admiración y se les ve como envueltos en la leyenda y con cierta aura de héroes.

Los hikikomori japoneses tampoco sufren, en la mayoría de los casos, dolencias de tipo físico, y en general se considera asimismo que padecen algún tipo de trastorno psíquico o enfermedad mental. Sin embargo, en contraste con la admiración que despiertan los tumbados, la sociedad japonesa está muy lejos de considerarles como héroes, todo lo contrario, son considerados parásitos tanto de la sociedad como de su familia, que sobrelleva con gran vergüenza e impotencia esta situación.

En cuanto a su circunscripción geográfica, Landero habla de un fenómeno de carácter más bien sureño o meridional, cuya observación se correspondería con la España de la década de los años 50 del siglo pasado. Sin embargo, Juan Carlos Usó observa que este fenómeno ha sido detectado también en Francia y con anterioridad a esta década: *“Así, a principios del S. XIX, el Dr. Descuret dio a conocer el caso de monsieur Boulard, un notario bibliófilo que después de la Revolución Francesa llegó a reunir 600.000 volúmenes y que en un momento dado acordó con su mujer no adquirir más libros y dedicarse a su lectura y clasificación. Durante varios meses cumplió su palabra, pero cada vez se encontraba más enfermo y triste. Hasta que un buen día abandonó la tarea emprendida y se tumbó. Cabe decir, no obstante, que si el Dr. Descuret consideró a Boulard digno de figurar en su Patología de las pasiones*

3 Luis Landero, “Tumbados y resucitados”, p. 85.

(1841)⁴ *no fue por su condición de tumbado, sino por su bibliomanía*⁵.

La mayoría de autores sitúan el punto de partida de este fenómeno en Japón. Sin embargo, poco a poco se va extendiendo a la mayoría de los países “(extra) civilizados” y es posible constatar numerosos casos, aunque no en la misma proporción que en Japón, en Estados Unidos, Argentina, Australia, numerosos países europeos como Reino Unido, Francia, Alemania, España, etc... y otros países asiáticos como Taiwan, China y Corea del Sur. De tal forma que se han acuñado los términos “Síndrome de la puerta cerrada”, “Social withdrawal” y “Syndrome du retrait social aigu” en español, inglés y francés respectivamente.

Sin embargo, en el caso de los actuales tumbados, jóvenes que presentan los fenómenos mencionados, creemos que hay notables diferencias, en cuanto a los síntomas y causas, con los hikikomori japoneses. Tales diferencias se deben fundamentalmente a las peculiares características de cada sociedad. Aunque es evidente que los hikikomori de Japón, China, Taiwan y Corea del Sur, al ser países de fuerte tradición confuciana, presentan más puntos en común entre sí que sus homónimos de los países occidentales.

Sobre las causas que propician el encamamiento, Landero nos explica:

“Nada excepcional había ocurrido en su vida. No había sufrido un desengaño, tendencia a la depresión o conflicto laboral o doméstico. No, a aquel hombre le había sucedido lo que a otros: que una mañana, sin anuncio previo, sin razón aparente, sin el menor síntoma de enfermedad, y en perfecto uso de sus facultades mentales, había decidido quedarse en la cama indefinidamente, y de ello hacía ya casi diez años”. Y añade: “la propia víctima fue la primera en quedar atónita e indefensa ante la

4 Jean Baptiste Félix Descuret (1795-1871), *Médecine des passions, ou les passions considérées dans leurs rapports avec les maladies, les lois et la religion*, obra que se tradujo al inglés con el título *Passions of medicine in regards to disease, law and religion*.

5 Juan Carlos Usó, *Ulises* (Revista de viajes interiores) núm. 8, 2006, pp. 92-97.

irrupción de la desgracia”⁶.

De aquí deducimos que se ignoran o no existen causas concretas y que no se trataba de un fenómeno aislado. Otros autores los denominan “acostados”, como veremos más adelante, y tampoco, como hemos visto, se trata de un fenómeno exclusivo de España ya que los franceses inventaron el término “encamado” para referirse a ellos.

En el caso de los hikikomori, podemos decir que hay ciertos síntomas que van anunciando el aislamiento definitivo, uno de los primeros es el rechazo a asistir al colegio (登校拒否, *tōkōkyohi*), que puede deberse, entre otras muchas razones, al acoso escolar (いじめ, *ijime*). Tras repetidas ausencias y tratando de escapar de los problemas, finalmente se autorrecluyen voluntariamente durante años. Otro de los motivos puede ser un desengaño amoroso, el fracaso o bajo rendimiento escolar o la presión de una sociedad extremadamente competitiva.

En cuanto al número de hikikomori es difícil cuantificar la cifra exacta ya que la vergüenza familiar hace que muchos de estos casos se oculten. Sin embargo, una investigación del año 2005 de NHK (日本放送協会、*Nihon Hōsō Kyokai*, la cadena de radio y televisión más importante de Japón) estima que hay aproximadamente un millón y medio de jóvenes en esta situación. Si a esta cifra añadimos todos los tipos de hikikomori, por ejemplo, el pre-hikikomori (準引きこもり、*jun-hikikomori*), que sale de vez en cuando o asiste al colegio o universidad algunas veces, pero carece de toda relación social, el número total sería de unos 3 millones⁷.

Respecto a la reacción por parte de quienes rodeaban al tumbado, Landero nos sigue contando:

“Desde luego era inútil animarlo o persuadirlo a la acción, ni nadie lo intentaba, porque todos sabían que aquella era una tragedia que carecía de nombre, de causa y de remedio, que le puede ocurrir a cualquiera, y

6 Luis Landero, “Tumbados y resucitados”, p. 85.

7 Según el censo del año 2005 del Departamento de Administración General (総務省 DATA 平成 17 年国勢調査) la población de Japón asciende a 127.767.994 personas.

que era tan inevitable como el rayo o la luna. Y tampoco a nadie se le pasaba por la cabeza acusar al postrado de molicie o locura, ya que en última instancia se trataba de designios de Dios o del destino y como tales había que recibirlos. Sólo quedaba, pues, condolerse, resignarse e intentar salir adelante como mejor se pudiera. Les llamaban así: “los tumbados”, y que yo sepa no hay muchas noticias concretas sobre ellos”⁸.

Podemos ver que este fenómeno era considerado como una tragedia inevitable que dependía más que de unas causas concretas de los designios divinos y, totalmente impotentes ante esta situación, no tomaban ninguna medida al respecto ni se pensaba en un posible tratamiento. Resignarse y esperar eran las únicas soluciones.

En el caso de los hikikomori, suele pasar mucho tiempo antes de que los padres recurran a una terapia psicológica. Normalmente esperan el desenlace de forma pasiva, ante lo que creen una situación transitoria: una fase que el adolescente tiene que superar⁹. Muchos de ellos se convierten en esclavos de estos tiranos que se rebelan de forma violenta o amenazan con suicidarse en caso de que traten de prestarles ayuda. Por estas razones no se fuerza, o se tarda mucho en hacerlo, de forma drástica al hikikomori para que vuelva a integrarse en la sociedad. En algunos casos, los centros de ayuda¹⁰ a los hikikomori envían a alguna persona que a menudo es rechazada violentamente. Normalmente lleva mucho tiempo poder acercarse al hikikomori y ganarse su confianza.

8 Véase nota 6.

9 Como es de suponer, hay muy diferentes opiniones sobre el tratamiento que debe seguir un hikikomori y se basan fundamentalmente en el punto de vista japonés y el punto de vista occidental. No sólo los padres, sino también los expertos japoneses piensan que se debe esperar hasta que el hikikomori se reincorpore a la sociedad por su propia voluntad. Los especialistas occidentales, por su parte, siguen en su mayoría la opinión del Doctor Henry Grubb, psicólogo de la Universidad de Maryland, quien publicará el primer estudio académico sobre los hikikomori escrito fuera de Japón, que piensa que hay que forzarlo si es necesario: *“Si fuera mi niño tiraría la puerta abajo. Simple. Pero en Japón los padres creen en la elasticidad, les dan tiempo y creen que es sólo una fase”*.

En cualquier caso, no sólo los hikikomori necesitan ayuda psicológica, también los padres, que muy a menudo se ven desbordados por los problemas que esta situación origina.

10 Se calcula que hay unos 700 centros para la ayuda y recuperación de los hikikomori en todo el país.

Además, hay que tener en cuenta que la educación de los hijos en Japón corre a cargo de la madre, por tradición, y es muy normal que el padre delegue todo el problema del hikikomori en la madre, que muy a menudo se vuelve sobreprotectora¹¹ con su hijo. El reconocimiento de la existencia de un hikikomori en la familia supone, por tanto, una vergüenza desde el punto de vista social para la madre (y por extensión a la familia entera), a quien se consideraría como una fracasada en su papel de “madre de familia”.

Al final del párrafo, Landero comenta: “y que yo sepa no hay muchas noticias concretas sobre ellos”, lo cual da entender la poca importancia que se concedía a estos fenómenos. Como si se pensase que es una más, de las tantas cosas que pueden suceder, y punto.

En cuanto a la actitud de la familia del tumbado de cara a los demás y la solución a la supervivencia diaria, Landero sigue contándonos:

*“Recuerdo que había una mujer vestida de medio luto, que iba limosneando de puerta en puerta con el estribillo: “Una caridad para esta pobre mujer que tiene seis hijos y a su marido tumbado desde hace diez años”. Y la gente le daba algún socorro y la animaba a la esperanza y a la fe. Porque lo más impresionante de estos dramas era el respeto y la adhesión con que la comunidad acogía a los tumbados”*¹².

Vemos aquí que no había en absoluto ningún secretismo, ni por parte de la familia ni por parte de la comunidad en la que vivía el tumbado. Se respetaba y se mostraba solidaridad hacia este drama que podía

11 A este respecto véase la teoría del *Amae* (甘え) de Takeo Doi (土居健郎), desarrollada en su libro 『「甘え」の構造』 traducido al inglés con el título *Anatomy of Dependence*, Kodansha América, 1973.

También el psiquiatra Tamaki Saito (斎藤環), el más renombrado especialista japonés en el tema de los hikikomori, explica: “en Japón madres e hijos (sobre todo varones) tienen a menudo una relación simbiótica, co-dependiente. Ellas cuidan de sus hijos hasta los 30 o 40 años. La figura paterna no ayuda en absoluto, debido a las largas ausencias causadas por su absorbente trabajo. De esta forma, los adolescentes crecen sin un modelo de conducta masculino”. La consecuencia es que muchos varones japoneses buscan un modelo de esposa-madre, es decir, desean ser “madreados” por su esposa.

12 Luis Landero, “Tumbados y resucitados”, p. 85-86.

sucedier a cualquiera. Como dice el refrán: “cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar”. La “viuda” del tumbado, acuciada por la situación y no pudiendo recurrir a otra solución para la subsistencia diaria, salía a pedir limosna y recibía las condolencias de la comunidad. El hecho de que fuese vestida “de medio luto” nos indica que su marido, es decir, el tumbado, era una especie de “muerto en vida” desde hacía diez años. Como reza el dicho popular: “Hay personas que mueren a los 30 o 40 años y los entierran a los 70 u 80”.

Como venimos mencionando, en el caso de los hikikomori, su situación produce gran vergüenza¹³ ante toda la sociedad y sería impensable hacer pública la situación. Como reza otro dicho popular: “los trapos sucios se lavan en casa”. En cuanto al hecho de pedir la compasión y limosna ajena, podemos decir que es algo inconcebible en Japón, absolutamente indigno socialmente e incompatible, por tanto, con los fundamentos de la cultura japonesa donde todavía impera el código del samurai o Bushido (武士道), que idealiza al tipo de persona que es capaz de sufrir en silencio y resolver sus problemas sin la ayuda de nadie ni “incordiar” a los demás con sus penas. Y cuando llega al límite de sus fuerzas no le queda otra solución que optar por el suicidio. Se puede decir, en este sentido, que el actual Japón sigue habitado

13 Sobre la enorme importancia de la “vergüenza” en Japón, véase el libro de Ruth Benedict, *El crisantemo y la espada*, trad. de Javier Alfaya, Alianza Editorial, Madrid, 2003. Según Benedict: “En los estudios antropológicos de diferentes culturas es importante hacer una distinción entre aquellas que se basan en el “temor a la vergüenza” (恥の文化) y las que se basan en el “miedo a la culpabilidad” (罪の文化). Un ejemplo del primer caso sería la cultura japonesa y del segundo, la cultura occidental. Por estas razones nos resulta tan sumamente difícil entender bien el concepto de “vergüenza” (恥) en la cultura japonesa, que no tiene nada que ver con el mismo concepto en la cultura occidental. Y a continuación nos explica: “(Para los japoneses) la vergüenza es la raíz de todas las virtudes. Un hombre que es sensible a esto podrá cumplir todas las reglas del buen comportamiento. “Un hombre que sabe lo que es la vergüenza” se traduce a veces como “hombre virtuoso” y otras veces como “hombre de honor”. En la ética japonesa, la vergüenza ocupa el mismo lugar influyente que “una conciencia limpia”, “estar a bien con Dios” y “evitar el pecado” ocupan en la ética occidental. (...) La primacía de la vergüenza en la vida japonesa significa, como lo significa en cualquier tribu o nación que la siente profundamente, que toda persona ha de estar atenta al juicio de los demás sobre sus actos. Con sólo imaginar cuál será el veredicto, orienta su comportamiento en esa dirección”. (El crisantemo y la espada), pp. 217-219.

por samurais, pero “samurais de asfalto”. Esta es una de las muchas razones que explican el escaso desarrollo y bajo nivel de la psiquiatría en Japón.

Respecto al tipo de personas y de familias en que solían darse estos casos, Landero nos dice:

“Se daban estos casos en familias más bien humildes y casi siempre el tumbado era un hombre, por lo general laborioso y de espíritu manso y ejemplar. Una vez tomada la decisión de tumbarse, se iniciaba un proceso de desenlace imprevisible. Acudían los vecinos a acompañar en la desgracia, a dar una especie de pésame y a reunirse en torno al tumbado en un acto muy parecido a un velorio sin muerto, o con el muerto presente no sólo en cuerpo sino también en alma. Si alguien, desinformado, se interesaba por lo ocurrido, recibía por respuesta: Nada, que Fulano se ha tumbado”, y el otro movía desalentado la cabeza y decía: “Vaya por Dios”¹⁴.

En este fragmento podemos ver que se trataba casi siempre de varones y padres de familia y en ningún momento se deja entrever nada que indique violencia hacia su entorno. De nuevo vemos la solidaridad y respeto a su alrededor. Todo indica que se trataba de un asunto público que incumbía a toda la comunidad y que después del “velorio” comunitario, los tumbados recibían visitas de vez en cuando. Es decir, que su “tumbamiento” significaba un rechazo de toda actividad productiva pero no, o no necesariamente, el rechazo de cierto grado de contacto social. En cualquier caso, la comunidad de la que habla Landero parece tan reducida de número que resultaría imposible ocultar un fenómeno de este tipo.

En contraste con esta situación, el hikikomori, durante sus meses o años de aislamiento, no se relaciona absolutamente con nadie, si acaso a través de internet, aunque según recientes estudios parece que solamente el 10% lo usa. Su familia sabe que sigue respirando porque devuelve vacía la bandeja de comida que le dejan en la puerta y porque

14 Luis Landero, “Tumbados y resucitados”, p. 86.

oyen el crujir de la madera en el piso de arriba cuando decide dar una vuelta por su pequeña habitación.

Las familias con casos de hikikomori suelen ser de clase media o media-alta, de economía desahogada que hace absolutamente innecesaria la caridad ajena. Y, aun en el caso de que la hiciera imprescindible, hemos visto que no se produciría bajo ningún concepto. Antes que exponerse a tal vergüenza social, sería preferible la muerte por inanición. Por otra parte, en Japón, sobre todo en las grandes ciudades, el incremento del anonimato favorece el colapso de la ayuda mutua entre vecinos y el ocultamiento de la situación.

Aunque el fenómeno de los hikikomori es objeto de investigaciones, películas, documentales, artículos de prensa, libros, reportajes, etc... no es en modo alguno, como hemos visto, un “asunto público” ni se debate abiertamente. Es decir, si alguien tiene indicios de una situación de hikikomori en su vecindad o entorno familiar, respetará el dolor y **vergüenza** de los afectados evitándoles una situación incómoda con su más absoluto silencio.

En cuanto a la proporción por sexos de los hikikomori, el psiquiatra Tamaki Saito (斎藤環), indica que se trata en su mayoría de varones, aproximadamente un 86%, normalmente hijos únicos o primogénitos¹⁵.

15 Este hecho quizá se deba a que la sociedad japonesa espera mucho más, en el terreno profesional, de los hombres que de las mujeres, lo cual es un signo inequívoco de que su cultura sigue basándose en el modelo de familia patriarcal o *Kafuchosei* (家父長制). Y en cuanto al hecho de que estos varones sean también en su mayoría hijos únicos o primogénitos se debe a la gran importancia que cobra en la sociedad patriarcal ser el mayor de la prole, el *chonon* (長男). Tradicionalmente la estructura familiar japonesa se basa en el *Ie seido* (家制度), o sistema en el que la continuación familiar cobra una extrema importancia. El *chonon* es el responsable de perpetuar la familia, cuidar a los padres en su vejez (en la práctica esta responsabilidad recae en su esposa, quien cuida a sus suegros pero no a sus padres, pues al contraer matrimonio ha dejado de pertenecer oficialmente a su familia original), honrar la tumba familiar, además de otras innumerables responsabilidades. Se espera todo de él, tanto a nivel familiar como social y profesional. Por tanto, hay una fuerte presión social y familiar para que forme una familia y cumpla con todas sus obligaciones como la sociedad tradicional confucionista manda. Todas estas normas que eran aceptadas de forma natural y sin el menor cuestionamiento por las generaciones anteriores, parece que resultan inaceptables y asfixiantes para las nuevas generaciones.

En contraste con los tumbados, que suelen ser también varones y además padres de familia, es muy raro encontrar este tipo de casos entre los hikikomori, que suelen ser jóvenes entre los 13 y 30 años. Tampoco es habitual encontrar hikikomori que sobrepasen esta edad, aunque hay un fenómeno con características similares llamado NEET (Not currently engaged in Education, Employment o Training) definido como “hikikomori social”. Es decir, una persona que rechaza el estudio, el trabajo y la preparación laboral pero sale de vez en cuando, por ejemplo, para hacer la compra. El acrónimo NEET nació recientemente en el Reino Unido, lo que evidencia que no se trata de un fenómeno exclusivo de Japón. Según el Libro Blanco de Economía Laboral (経済・労働白書), los NEET alcanzaron la cifra de 850.000 en 2004. También hay varios tipos de Neet, uno de los cuales, es el tipo “paralizado de miedo” (立ち竦み型、*tachisukumi-gata*). El NEET normalmente está soltero y llega en algunos casos hasta los 35 años, por lo que suele ser algo mayor que el hikikomori. Sin embargo, en ambos casos se trata de jóvenes que viven a costa de la solvente situación económica de los padres, por lo cual no ponen en peligro la supervivencia familiar como en el caso de los tumbados. Puesto que, como hemos visto anteriormente, es impensable en Japón vivir de la limosna ajena, es prácticamente imposible encontrar hikikomori o NEET que sean padres de familia o mantenidos por sus esposas. En Japón se sigue pensando que es el hombre quien debe aportar el sustento a la familia.

Mientras que los tumbados eran “*de espíritu manso y ejemplar*”, hay casos, como ya hemos mencionado, en que los hikikomori presentan comportamientos violentos.

Sobre lo que sucedía a continuación y el tiempo que pasaban tumbados, Landero sigue contándonos:

“Luego, la historia del tumbado se diluía en el tiempo. A veces le duraba la decisión toda la vida; a veces, a los dos, cuatro o doce años, un día se levantaba y retomaba su actividad de siempre. “Fulano se ha

levantado”, se corría la voz entonces, y en todas partes se le recibía con naturalidad e incluso con admiración”¹⁶.

A pesar de ser considerado una desgracia, deducimos que también era un hecho intrascendente y, como no se vislumbraba solución al alcance humano, ni se sabía cuánto iba a durar, se acababa olvidando con el tiempo. Vemos una vez más la admiración que despertaban y la alegría que producía en la comunidad su levantamiento, pues eran considerados parte integrante de ella.

La mayoría de los hikikomori suelen encerrarse entre uno y cinco años en sus habitaciones, un período de tiempo relativamente breve si lo comparamos con el período de tumbamiento “*a veces le duraba la decisión toda la vida*”.

A diferencia de los tumbados, en cuyo caso es posible “*levantarse y retomar su actividad de siempre*”, como si nada hubiera sucedido, es bastante improbable que esto suceda en el caso de los hikikomori. Normalmente, si acaba reincorporándose a la sociedad es después de un largo proceso y tras una larga estancia en un centro especializado en la recuperación de hikikomori. Es una especie de círculo vicioso: cuanto más tiempo pasan “hikikomoreados” más difícil se hace su recuperación. Y, frente a la “naturalidad e incluso admiración” con que se recibía a los tumbados, el hikikomori será despreciado y marginado, y tratará de hacer todo lo posible para ocultar el espacio vacío (tiempo de reclusión) en su currículum. Muchos japoneses no les consideran parte integrante de la sociedad, puesto que ellos mismos se han autoexcluido de ella, y no les perdonarán haber rechazado la sociedad que con tanto esfuerzo y sacrificio han construido y de la que se sienten orgullosos.

Por otra parte, Landero no menciona nada en cuanto a un posible suicidio como desenlace del tumbamiento y tampoco parece muy probable que éste se produjera en la mayoría de los casos. Sin embargo, aunque el suicidio no suele ser el desenlace habitual de la situación de hikikomori, no podemos obviar el hecho de que en muchos casos

16 Luis Landero, “Tumbados y resucitados”, p. 86.

el hikikomori es el primer paso para el suicidio. Según el duodécimo Congreso de la WPA (World Psychiatric Association), celebrado en Yokohama del 24 al 29 de agosto de 2002, Japón ocupa el primer puesto mundial en cuanto a número de suicidios (en el año 1996 ocupaba el noveno puesto), lo cual se traduce en más de 30.000 personas al año¹⁷. Cuando los hiperpuntuales trenes y metros urbanos japoneses se detienen sin razón aparente..., no necesitamos preguntar el motivo...

En cuanto a su experiencia personal con un tumbado, Landero nos relata:

“Una vez, como decía al principio, vi a un tumbado. Era un tumbado más bien joven porque sólo llevaba tres años en la cama y no debía de haber cumplido los cuarenta. “¿Cómo va eso?”, le preguntó mi madre. “Aquí andamos, con lo nuestro”, dijo él. Dedicaba el tiempo a mirar al techo, a recabar información sobre si era buen año de liebres o aceitunas, a escuchar la radio, a dormir y a suspirar de vez en cuando. Me impresionó su dignidad y sobre todo que aquella postración no parecía un descanso, sino una última y misteriosa forma de trabajo. Allí estaba, laboriosamente echado, concentrado en su tarea ciclópea y ofreciendo el formidable espectáculo de una quietud que evocaba la del santo Job ante un destino fatal e incomprensible”¹⁸.

Prestemos atención al comentario de Landero respecto a la edad y el tiempo en posición horizontal del tumbado. Frente a la edad media del hikikomori, unos 19 años, el tumbado en cuestión “no debía de haber cumplido los cuarenta”, y, por tanto, “era más bien joven”. Teniendo en cuenta que a muchos tumbados “la decisión les duraba toda la vida”, llevar tumbado “sólo tres años” era algo absolutamente insignificante. Parece ser que todavía tenía que demostrar que era un tumbado

17 Esta cifra se mantiene más o menos constante desde el año 1998. Concretamente el año con más suicidios fue el 2003: 34.427 personas, WPA (World Psychiatric Association), 第12回世界精神医学会、横浜、24 – 29 de agosto de 2002.

Estas cifras han sido corroboradas por la Organización Mundial de la Salud (2007).

18 Véase nota 16.

“como Dios manda”. Observemos también el hecho de que el tumbado recibía visitas y **no se avergonzaba** ante ellas, ni a ellas les parecía una experiencia desagradable visitarle. Más bien al contrario, vemos que Landero, cuando era niño, quedó impresionado ante la dignidad que mostraba el tumbado, el misterio que representaba para él dicha situación y la serenidad que le transmitía.

Frente al tumbado, que no se avergüenza en absoluto de su situación “*Aquí andamos, con lo nuestro*”, en la sociedad japonesa es impensable que alguien vaya a “visitar a un hikikomori”, con la naturalidad de quien va a visitar a un enfermo a un hospital, o que alguien pregunte a un compañero de trabajo por su hijo hikikomori. Ya hemos mencionado que ellos mismos rechazan todo contacto social, probablemente más por la vergüenza que la sociedad les hace sentir que por falta de deseo de comunicación.

En cuanto a las actividades del hikikomori, en contra de lo que cabría suponer sólo el 10% utiliza el internet, la mayoría duerme durante el día y dedica la noche a jugar con la consola de videojuegos, beber alcohol o simplemente no hace nada¹⁹.

De las palabras de Landero deducimos que los tumbados estaban presentables, es decir, que se aseaban o alguien se ocupaba de su aseo diario. Sin embargo, la mayoría de los hikikomori no sale de su habitación bajo ninguna circunstancia. Esto significa que no se asean ni se bañan o duchan durante meses o años, tampoco se cortan el pelo y acumulan todo tipo de basura en sus pequeños habitáculos. Muchos de ellos presentan asimismo el Síndrome de Diógenes. Ni que decir tiene que la falta de actividad física les hace anquilosarse, poco a poco van perdiendo capacidad motora y cuando ingresan en un centro de recuperación una de las labores más urgentes es reaprender a andar y a correr. La recuperación de las habilidades sociales, capacidad de

19 Para más información sobre este tema, véase el libro de 田辺、裕、『私がひきこもった理由』— 15人の「ひきこもり」経験者へのインタビュー、ブックマン社 (entrevistas a 15 ex-hikikomori), o la página web de la “Asociación de padres de hikikomori”, “NPO 法人全国引きこもり KHJ 親の会”.

resolver problemas, enfrentarse a todo tipo de situaciones, etc., es un proceso bastante difícil que requiere gran esfuerzo porque carecen de referentes y de capacidad de distinguir entre el bien y el mal, lo cual puede conllevar comportamientos violentos o delictivos. Asimismo les será muy difícil encontrar un trabajo estable o involucrarse en relaciones duraderas.

Sobre la influencia que dicha experiencia tuvo en él posteriormente, Landero nos dice:

“De cualquier modo, cuando empecé a ir a la escuela y a adquirir deberes y responsabilidades, yo me acordaba de aquel tumbado y lo envidiaba en secreto y soñaba con un destino similar para mí. Entre los días más hermosos de mi niñez están aquellos en que una leve enfermedad me obligaba a quedarme en cama, protegido de los trabajos y rigores del mundo por la profunda calidez del hogar. Oía a mi madre fregar los cacharros, pasar la escoba, hablar con las vecinas, sentía el frescor limpio de las sábanas, disfrutaba de la solicitud con que todos se apresuraban a cumplir mis deseos o se adelantaban a ellos con un tono siempre dulce en la voz: “¿Quieres una naranjada?, ¿quieres que vaya a comprarte un TBO?, ¿te cuento un cuento? ¿te subo un poquito más la persiana?”. Sí, aquellas mañanas cálidas y ociosas fueron las mejores de mi vida, y yo alimentaba la vaga esperanza de convertirme en un tumbado y vivir así ya para siempre”²⁰.

Vemos aquí que el tumbado despierta en el niño Luis Landero sentimientos de envidia, hasta el punto de abrigar la fantasía de desear ser como él. Y a continuación se deleita contándonos detalladamente la dulzura de dicha vida.

La situación de los hikikomori, como vamos viendo a lo largo de este trabajo, no despierta en absoluto la más mínima envidia, sino todo lo contrario, se les margina, ignora, desprecia y se les considera una

20 Luis Landero, “Tumbados y resucitados”, p. 86-87.

plaga, uno de los más graves problemas de la sociedad japonesa actual, junto con el acoso escolar y el suicidio, a los que nadie parece encontrar solución.

Landero sigue contándonos:

“Si en aquellos tiempos hubiera conocido yo la historia que cuenta Günter Grass en “El tambor de hojalata”, también hubiera elegido para mí un destino similar al de Óscar: no crecer más, quedarme de niño para el resto de mis días, en ese punto en el que la enfermedad, o más bien la convalecencia, añade a la acidez de la vida un punto de dulzura que la hace leve y acogedora, quizá porque entonces vivimos sólo en el presente, a salvo de los temores y afanes de tener que proyectarnos en un futuro siempre amenazante”²¹.

En este párrafo empezamos a atisbar una de las posibles causas del “tumbamiento” o encierro en sí mismo: la fantasía de ser eternamente niño y eludir las responsabilidades que conlleva la vida adulta, el miedo a enfrentarse a la sociedad.

Sobre este tipo de fantasía, llamada también “Síndrome de Peter Pan”, véase el libro de Tamaki Saito, *El hikikomori social. La eterna adolescencia*²².

Como profesora en varias universidades de Japón a lo largo de 15 años, recientemente he podido contemplar con estupor e incredulidad un fenómeno insólito hasta ahora. Debido al miedo que les produce desenvolverse en la vorágine social, algunos estudiantes se llevan un tremendo disgusto al conseguir todos los créditos necesarios para graduarse y otros hacen todo lo posible para suspender a propósito o no se presentan a algunos exámenes con el fin de permanecer un año más al “calor” de la universidad.

21 Ibid. p. 87.

22 斉藤環「社会的ひきこもり・終わらない思春期」, PHP 新書、1998年. Este libro no está traducido al español.

No obstante, en cuanto a “personajes literarios tumbados”, quizá es Edgardo, el protagonista del popular drama *“Eloísa está debajo de un almendro”*²³ (1940) quien mejor encarna el prototipo. Jardiel Poncela nos dice que *“lleva acostado sin levantarse de la cama veintiún años”* y que su actitud es *“perfectamente digna, y en todo, en sus ademanes, pausados y armoniosos, así como en su empaque personal, denuncia inteligencia y educación exquisita”*. Para su creador tiene una *“distinción innata”*, lo cual no impide que, llegado un momento, *“la cama le aburra y necesite viajar”*. Entonces Edgardo viaja en tren, naturalmente..., sin salir del lecho y su ayuda de cámara le proyecta en una pantalla vistas de los sitios principales por donde pasa.

A continuación, Landero nos habla de numerosos casos de famosos escritores que fueron tumbados “al menos en alguna época de su vida”. Es el caso de Juan Ramón Jiménez, cuya extrema hipocondría le llevó a vivir recluido en varios sanatorios en Burdeos y en el sur de Francia. Y nos aclara que *“en realidad era un turista, sólo que no se alojaba en hoteles sino en hospitales de cinco estrellas”*. [...] *“Hay versos de Juan Ramón cuya dulzura acogedora, cuya melancolía, yo siempre relaciono con esas largas postraciones en su suite de enfermo imaginario”*²⁴-concluye.

Otros poetas que menciona son Vicente Aleixandre y Rafael Alberti, que *“descubrieron o remacharon su vocación mientras convalecían en algún sanatorio de montaña”*. También el caso de Proust, *“que escribía en la cama (no se si por enfermo o por tumbado)”*. Asimismo menciona otro personaje literario, aunque bastante diferente de Óscar: *“Y ahora, de pronto, me acuerdo de Stephen Dedalus (el protagonista de Retrato del artista adolescente, de Joyce, y protagonista también de algunos capítulos del Ulises), porque también él tuvo su primera experiencia estética en su lecho de enfermo”*.

23 Enrique Jardiel Poncela, *Eloísa está debajo de un almendro*, Cátedra, Madrid, 1995.

24 Luis Landero, “Tumbados y resucitados”, p. 87-88.

Y muchos más casos “*que podríamos añadir, ilustres enfermos crónicos, y, por tanto, convalecientes también crónicos, como Keats, Stevenson, Nietzsche, Jaspers, Kafka..., todos ellos nos remiten al misterio, quieren decirnos algo, ofrecernos acaso una lección que nos gustaría entender en toda su enigmática elocuencia*”²⁵.

Por otra parte, Juan Carlos Usó observa que: “*Aunque Landero no menciona nada al respecto, puede que entre los tumbados exista un factor hereditario o una pauta de conducta aprendida. Así, según confesión propia, José Manuel Caballero Bonald ha llegado a contar hasta cinco acostados entre sus parientes directos. Aunque en este caso no estemos hablando de una familia humilde, seguro que Landero estará de acuerdo con muchas de las observaciones realizadas por el poeta y escritor gaditano, coincidentes además en el espacio y el tiempo*”.

En primer lugar, Caballero Bonald destaca que no se trataba de un asunto “inconfesable”²⁶, o sea, una especie de trapo sucio de familia, sino que para la rama de los Bonald este fenómeno “*no parecía merecer ninguna atención especial*”. De tal manera, nunca hubo ningún “*tipo de discordia o de reprobación*”, ni “*la menor objeción*” hacia aquellos que habían optado por aquel estado de postración voluntaria. Durante algún tiempo, en su juventud el poeta llegó a sospechar de alguna “*dolencia secreta*”, hasta que descubrió que se trataba de un “*imperativo hereditario*”, sin que mediara más enfermedad que la de “*una especie de atracción endémica por la cama*”, a la que el propio escritor llega a calificar de “*predilección familiar*”²⁷.

En el caso de los hikikomori queda totalmente descartado el factor hereditario. En el Japón del S. XX, o de épocas anteriores, no se tienen noticias de un fenómeno similar al de los tumbados que haya podido servir de precedente a los actuales hikikomori. Al contrario, son

25 Ibid., p. 88-89.

26 Caballero Bonald, J.M., “Los acostados y otras controversias”, en *Tiempo de guerras perdidas*, (La novela de la memoria, I), Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 92-122.

27 Juan Carlos Usó, *Ulises* (Revista de viajes interiores) núm. 8, 2006, pp. 92-97.

herederos de las generaciones de posguerra y de las sucesivas recesiones económicas del Japón reciente, generaciones que han trabajado muy duramente y han conseguido salir a flote a costa de grandes sacrificios y de escatimar mucho tiempo a la familia²⁸.

En cambio, y a diferencia de Landero, Caballero Bonald no presenta el encamamiento como un patrón de conducta exclusivamente masculino, pues cita entre sus parientes entregados a “la ocupación de acostado estable” a dos mujeres: tía Carola, “*que se tumbó al acabar la guerra civil*”, y cuya decisión “*tuvo el mismo significado (...) que si se hubiese recluido en un convento*” y tía Isabela, que sólo se encamaba “*por temporadas*”. Y para explicar su comportamiento nos dice: “*Un día de invierno decidió acostarse con la excusa de que hacía mucho frío en la casa*”²⁹.

Sobre la influencia que han podido ejercer determinados factores externos –como las condiciones climáticas adversas– en las personas que han decidido permanecer acostadas por temporadas, podemos citar la “Teoría determinante del clima” (環境決定論、*kankyō kettei ron*) del filósofo japonés Tetsuro Watsuji (和辻哲郎、1889-1960) expuesta en su libro *Fuudo* (風土, 1935), según la cual el clima determina la historia de un pueblo, su cultura y su forma de ser: “*Paisaje y clima se reflejan, además, en la literatura, el arte, la religión, las costumbres, en una*

28 Recordemos los casos de 過労死 (*karōshi*, death from overwork): muerte súbita debida a enfermedades cardiovasculares y cerebrovasculares a causa del exceso de trabajo. Los fallecimientos por *karōshi*, empezaron a producirse en la década de los años 70 del siglo pasado (el primer caso, un trabajador de 29 años, se registró en 1969). Normalmente se producen entre trabajadores entre 50 y 60 años, pero cada vez son más frecuentes los casos de personas que no han llegado a los 30. Cada año se denuncian entre 500 y 800 casos, pero sólo son reconocidos oficialmente un 5%. Precisamente ayer (30 de noviembre de 2007) se reconoció oficialmente el fallecimiento por *karōshi*, producido hace cinco años, de un empleado de 30 años de la empresa Toyota. Este fenómeno tampoco es exclusivo de Japón pues se han dado casos en el mundo occidental, especialmente en Estados Unidos e Inglaterra. Para más información sobre el tema, véase el libro *Karōshi. When the “Corporate Warrior Dies”*, National Defense Counsel for Victims of Karoshi, Tokio, Madosha, 1990.

29 Véase nota 26.

*palabra, en todas las expresiones de la vida humana. En este sentido entiende el presente ensayo la fenomenología del paisaje y el clima, es decir, como condicionamientos del modo de comprenderse a sí mismo el ser humano*³⁰.

Siguiendo con el tema de los tumbados, también el escritor Julio Llamazares nos dice: “*Los ejemplos serían innumerables, pero quizá baste con el mío propio*”, para pasar a continuación a relatarnos en primera persona la relación que tuvo la enfermedad con su vocación literaria. Después nos sigue contando: “*y es que tengo la sospecha de que en todo escritor hay un tumbado, entendida esta figura no sólo en el sentido físico, sino también en el espiritual. Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Baroja o el uruguayo Juan Carlos Onetti (quien, por lo visto, tomó ejemplo de Valle-Inclán*³¹, a quien consideraba su maestro) *son sólo algunos ejemplos del escritor-tumbado en su versión extrema, pero, en general, todos los escritores (me refiero a los escritores de verdad) tienen algo de tumbados en el sentido de que se apartan del mundo, se automarginan, como esos anónimos tumbados que tanto han proliferado en España. Especialmente en Andalucía, y por los que yo he manifestado también mi admiración, como en el artículo “Elogio del tumbado”: Hay quien dice que el tumbado lo que pretende en el fondo es volver al claustro materno, que identifica con el color de las sábanas y con la seguridad de lo conocido. Algo debe de haber de eso, y de una cierta pereza (pereza que a veces es más costosa, desde el punto de vista psicológico, que la alienación del trabajo diario, como constantemente nos demuestran las tardes de los domingos), pero lo que*

30 Tetsuro Watsuji, *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*, traducción del japonés de Juan Masiá y Anselmo Mataix, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006, p. 30-31. Este es un libro absolutamente imprescindible para conocer la cultura japonesa.

和辻哲郎、『風土』岩波文庫、東京、2007:“我々はさらに風土の現象を文芸、美術、宗教、風習等あらゆる人間生活の表現のうちに見いだすことができる。風土が人間の自己了解の仕方である限りそれは当然のことであろう。我々は風土の現象をかかものとして捕らえる”(17ページ)。

31 Tanto Unamuno como Valle-Inclán solían recibir acostados a sus amigos.

hay fundamentalmente, a mi entender al menos, es una gran dejación y un desinterés total por lo que ocurre en el mundo (...).

Y concluye diciendo: “(...) todavía no he alcanzado el grado de madurez o de desencantamiento necesarios para tumbarme, al menos toda la vida. Pero no descarto que llegue a hacerlo (...), pues cada vez estoy más seguro de que la única forma de vivir es estar en Babia y de que la literatura, que es mi pasión desde niño, es una enfermedad que sólo se cura escribiendo”³².

La escritora Almudena Grandes también ha mostrado interés por la experiencia de los tumbados. Y según la confesión de la niña protagonista de uno de sus relatos, por un lado resulta de nuevo cuestionado el carácter supuestamente masculino del fenómeno, y por otro cobra fuerza la herencia familiar o la pauta de conducta aprendida como factor determinante: “*Mi abuela no se levanta de la cama desde hace veintidós años. La timaron en una cooperativa donde había metido todos sus ahorros y nunca vio el piso ni le devolvieron un céntimo. Lo de la cama nos viene de familia. Su padre se acostó después de la guerra y no se levantó más. Mi madre lleva acostada once meses, desde que mi padre se largó de casa. Me hizo la faena mas grande de mi vida, pero no creas que no le entiendo*”³³.

Como vamos viendo, el fenómeno de los tumbados resulta mucho más común de lo que en principio pudiera parecer y despierta gran admiración, simpatía y comprensión no sólo en Luis Landero sino también entre muchos escritores contemporáneos.

Sin embargo, hay otros escritores, como Juan Manuel de Prada, que ven con ojos muy diferentes el fenómeno de los hikikomori: “(...) *huraños del género humano y confidentes exclusivos de su ordenador personal,*

32 Julio Llamazares, “El mal de la literatura”, *Con otra mirada*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 107-111.

33 Almudena Grandes, “La amiga de Junior”, *El País Semanal*, núm. 1482, 20 de febrero de 2005, p. 98.

que así se convierte en el sol pálido que reglamenta su existencia. Son los nuevos ermitaños de un mundo sin Dios, los nuevos misántropos de un mundo sin razón, entregados con entusiasmo a una reclusión voluntaria. Han dimitido de los afectos, han renegado de las ventajas de la comunicación oral, han elegido sobrellevar una vida que ni siquiera merece tal designación, estabulada y monótona, en donde la eterna novedad del mundo es suplantada por el cúmulo de espejismos que les brinda la tecnología. (...) narcisos de su propio tedio, monarcas absolutos de su propia soledad, sin otra religión que la egolatría. Pecaríamos, sin embargo, de ingenuidad (y de cierta suficiencia insensata) si creyésemos que los hikikomoris son un producto exclusivo de la cultura nipona. También en el occidente engreído de su bienestar empiezan a producirse síntomas que prefiguran esta nueva modalidad de eremitismo: nuestros hijos han dejado de jugar en la calle y en el campo, que eran los ámbitos naturales de sus expansiones lúdicas y el humus fecundo sobre el que se cimentaban sus relaciones de amistad; el consumo de televisión se acrecienta entre la población adolescente; internet, las videoconsolas y, en general, todos aquellos divertimentos que sustituyen la interacción humana por el soliloquio del hombre con la máquina se han convertido en una nueva industria del entretenimiento. (...) No nos engañemos. Los hikikomoris no son tan sólo una fauna circunscrita al Japón. Aunque aún no lo sepamos, ya nos han infectado con su aliento de tumba, ya están entre nosotros, ya son nosotros mismos³⁴.

34 Juan Manuel de Prada, "Hikikomoris", XLSemanal, 12 de marzo de 2006, p. 12. Desde luego no le falta razón a de Prada, que se caracteriza por su aguda y crítica visión de los problemas de la sociedad actual, en estas apreciaciones del fenómeno de los hikikomori. Sin embargo, también hay que tener muy en cuenta que la infancia que hemos podido tener quienes pertenecemos, más o menos, a su generación no se parece en nada a la que han tenido los hikikomori. Siempre escasos de tiempo, apenas han tenido ocasiones para estar tranquilamente hablando en familia, ni pasear con sus abuelos, ocupados unos con el absorbente trabajo diario y otros con el rígido y exigente sistema para aprobar los exámenes de ingreso y otras actividades extraescolares obligatorias. En cuanto a la excesiva competitividad, ya mencionada, de la sociedad japonesa, sepamos que, desde la más tierna infancia los niños se ven obligados a competir, pues hay exámenes selectivos de ingreso ya en preescolar. Ingresar en un prestigioso parvulario les conducirá casi automáticamente a ingresar posteriormente en un buen colegio y después en un buen

Tras este análisis comparativo entre la consideración social de los hikikomori y su posible precedente occidental “los tumbados”, queremos plantear a continuación algunos interrogantes, cuyas respuestas, por falta de tiempo y espacio, podrán ser objeto de un posterior análisis más detallado:

Hemos visto que ambos casos suelen darse en su mayoría en varones, padres de familia en el caso de los tumbados, y entre hijos únicos y primogénitos en el caso de Japón. ¿Por qué, entonces, este fenómeno no afecta por igual a ambos sexos?

¿Por qué, los tumbados despiertan tanta simpatía, comprensión y admiración mientras que los hikikomori despiertan los sentimientos contrarios? Si bien es cierto que muchos de los hikikomori viven a costa de sus padres o de ayudas que reciben del estado a causa de su situación, no es menos cierto que los tumbados vivían a costa de su familia (limosnas que recaudaba su mujer o quizá a costa de sus hijos).

¿Por qué, mientras los tumbados reciben el apoyo y solidaridad de la comunidad y se les considera parte integrante de la misma, los hikikomori son marginados y no considerados parte de la sociedad? Puede haber casos particulares de adolescentes caprichosos y pagados de sí mismos que han crecido entre el consumismo y la hiperabundancia

bachillerato, que les facilitará el ingreso en una buena universidad, lo cual significa que podrán trabajar en una prestigiosa empresa y se les considerará pertenecientes al “equipo de los triunfadores” (*kachigumi*, 勝ち組). En el momento en que se rompa un eslabón de esa cadena, pasarán a pertenecer al “equipo de los perdedores” (*makegumi*, 負け組). Este rígido y discriminatorio sistema está siendo cuestionado por los hikikomori con su actitud.

Tampoco podemos obviar el hecho de que el sistema educativo japonés ha ignorado, desde siempre, la individualidad de los estudiantes, en favor del desarrollo del grupo. Hay una frase clave para entender la cultura japonesa “出る釘は打たれる (*deru kui wa utareru*): Estaca que destaca se la machaca”, esto quiere decir que no se puede expresar la individualidad ni las opiniones propias abiertamente, y los estudiantes que destacan serán “machacados” para igualar su nivel con los más mediocres. Esto significa asimismo que en la sociedad laboral japonesa no se ve bien quien progresa individualmente, es decir, hasta hace muy pocos años no se valoraba la capacidad individual ni se ascendía por méritos, sino por antigüedad (年功序列、*nenkō joretsu*), sistema que poco a poco se va desmoronando causando gran perplejidad en la sociedad japonesa.

Otro aspecto que no podemos ignorar es que gran parte de los hikikomori han sido víctimas del acoso escolar (いじめ、*ijime*) por parte de sus compañeros.

material, pero, ¿acaso podemos negar que hay razones más complejas que expliquen la “desaparición” de más de un millón y medio de jóvenes? Es decir, ¿qué razones han llevado a esta enorme cantidad de jóvenes a rechazar la sociedad hasta el punto de desentenderse totalmente de ella? ¿Y por qué la mayoría de los japoneses piensa que los problemas sociales son “problemas ajenos”³⁵?

¿Podemos negar, acaso, que los hikikomori están sacrificando sus vidas para denunciar con su indefinido aislamiento y silencio los excesos e injusticias de una sociedad cuyas reglas no pueden aceptar?

Como hemos podido ver, hay innumerables tumbados pertenecientes al mundo literario, grandes escritores que han producido sus mejores obras en la cama y “alejados del mundanal ruido”. ¿Significa eso acaso, que los hikikomori están dotados de una especial hipersensibilidad de la cual carecemos el resto de los mortales y se dedican en silencio a cultivar un profundo mundo interior?

¿No será que los hikikomori intuyen en toda su dimensión la cruda realidad que otros, ante la enorme impotencia que nos produce, nos negamos a ver? ¿No será que intuyen la existencia de un gobierno mundial a la sombra que maneja todos los hilos de los cuales dependemos todas las marionetas humanas?

Según Rilke “cada uno lleva en sí su propia muerte como la fruta su hueso”³⁶. Asimismo podemos decir que “cada sociedad lleva en sus entrañas el germen de sus males”.

Según palabras de Soledad Puértolas: “(...) veo que la enfermedad está reñida con la vida común. Veo que la enfermedad no radica sólo en la persona que la padece. Creo que la enfermedad ha sido decretada por

35 A este respecto véase el libro de Tetsuro Watsuji, *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*, trad. del japonés de Juan Masiá y Anselmo Mataix, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006. Capítulo “Peculiaridad Monzónica (Japón)”, pp. 202-206.

36 Citado por Alvaro Pombo, “Exaltaciones y debilitamiento. Esquematismo farmacológico del escritor constante y sano”, *Con otra mirada*, Taurus, Madrid, 2001, p. 188.

esta sociedad. Nuestra sociedad está enferma desde el mismo momento en que no sabe cómo cuidar a sus enfermos. (...) En suma, podemos concluir que somos responsables de nuestra salud, y que, si vivimos en un mundo habitado por enfermos, dadas las alarmantes estadísticas que se publican cada vez que se examina de cerca la enfermedad, es porque en gran medida la sociedad que hemos ido construyendo no ha sabido establecer una relación fructífera y satisfactoria entre los seres humanos y su entorno y los seres humanos entre sí. (...) No sabemos cómo tratar a los enfermos, no sabemos cómo convivir con el hecho evidente de que vamos a morir. (...) ¿Por qué no resaltar todo eso que los otros nos dan y que nosotros damos a otros en lugar de aceptar los valores que en esta sociedad están más en alza, la competitividad, la rivalidad permanente, la comparación constante, pertinaz, absurdamente terca, entre unos y otros para establecer quién es el mejor, quién llega antes a la meta?

(...) Esta sociedad propicia la paranoia y la ocultación. ¿Es que no hay otro camino? Quiero pensar que sí. Quizá todos debiéramos decir la verdad. Quizá todos deberíamos admitir que algo o mucho de la locura y enfermedad puede llegar a nuestras vidas y que, cuando lo atisbamos, no queremos hacer tanto esfuerzo por disimularlo.

(...) Pero esta sociedad sólo conoce el lenguaje que sirve para imponer su ley, la ley del más fuerte, del más sano, de ese que, según sus normas, es definido como el mejor”³⁷.

“Vivir conlleva siempre un riesgo, un reto y un dolor. Imposible vivir una vida digna de tal nombre sin aceptar de entrada esos ingredientes. Sí, es cierto: a menudo sientes que se agita dentro de ti el pequeño gusano de la rendición”. (...) “Es tentador rendirse, fracasar de entrada y sin luchar, antes de que te fracasen los demás. Pero es una elección bastante estúpida. Porque el único fracaso irremediable y verdadero es no vivir; y porque el miedo al dolor es siempre peor que el dolor mismo”³⁸.

37 Soledad Puértolas, “Locos y enfermos”, *Con otra mirada*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 202-209.

38 Rosa Montero, “La tentación de rendirse”, *El País Semanal*, 14 de enero de 2007, p. 96.

Triunfe o no la revolución silenciosa de los hikikomori, ya nadie podrá negar su existencia.

Escribí estas páginas “hikikomoreada” en mi casa tradicional japonesa de Nakano, Tokio.

Dedicadas a todos los hikikomori que sufren en silencio.

BIBLIOGRAFIA

Benedict, Ruth, *El crisantemo y la espada*, trad. de Javier Alfaya, Alianza Editorial, Madrid, 2003.

The Chrysanthemum and the Sword: Patters of Japanese Culture, Houghton Mifflin, 2006.

ベネディクト、ルース『菊と刀』日本文化の型、長谷川松治訳、現代教養文庫、東京、1967.

Caballero Bonald, J.M., “Los acostados y otras controversias”, *Tiempo de guerras perdidas*, (*La novela de la memoria*, I), Barcelona, Anagrama, 1995.

Doi, Takeo, *Anatomy of Dependence*, Kodansha America, 1973.

土居健郎、『「甘え」の構造』、弘文堂、東京、2001.

(de la) Gándara Jesús J., *Salud mental en la era posmoderna*, Comunicación Personal, 2007.

Envejecer en Soledad, Ed. Popular, Madrid, 1995.

Síndromes, dependencias y otras pasiones, Ed, ELA-Arán, Madrid, 1993.

(de la) Gándara, Jesús, J., Alvarez, M., *El Síndrome de Diógenes*, Trabajo Social y Salud, 8, 157-176, 1991.

Grandes, Almudena, “La amiga de Junior” en *El País Semanal*, núm. 1482, 20 de febrero de 2005.

磯部潮『「ひきこもり」がなおるとき・23人の臨床例』、講談社プラスアルファ新書、東京、2004年。

- 『不登校・ひきこもりの心がわかる本』 講談社健康ライブラリ - イラスト版、東京、2007。
- Jardiel Poncela, Enrique, *Eloísa está debajo de un almendro*, Cátedra, Madrid, 1995.
- Landero, Luis, “Tumbados y resucitados”, *Con otra mirada*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 85-103.
Entre líneas. El cuento o la vida, Colección Andanzas, Tusquets Editores, Madrid, 2001.
Este mundo: diez relatos y un poema, (VV.AA) Barcelona, Plaza&Janés, 1995, pp. 99-102.
- Llamazares, Julio “El mal de la literatura”, *Con otra mirada*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 107-111.
- Montero, Rosa, “La tentación de rendirse”, *El País Semanal*, 14 de enero de 2007, p. 96.
- National Defense Counsel for Victims of Karoshi *Karōshi. When the “Corporate Warrior Dies”*, Madosha, Tokio, 1990.
- Pombo, Alvaro, “Exaltaciones y debilitamiento. Esquematismo farmacológico del escritor constante y sano”, *Con otra mirada*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 167-190.
- (de) Prada, Juan Manuel, “Hikikomoris”, *XL Semanal*, 12 de marzo de 2006.
- Puértolas, Soledad, “Locos y enfermos”, *Con otra mirada*, Taurus, Madrid, 2001, pp. 191-210.
- 齊藤環 『「hikikomori @ nhk」 ひきこもり』 誰かに話を聞いてほしい、NHK ひきこもりサポートキャンペーン、東京、2004年。
『「ひきこもり」救出マニュアル』 PHP 研究所、東京、2002年。
『ひきこもり文化論』 紀伊国屋書店、東京、2003年。
『社会的ひきこもり・終わらない思春期』、PHP 新書、1998年。
- 田辺裕 『私がひきこもった理由』 - 15人の「ひきこもり」経験者へのインタビュー、ブックマン社、2004年。
- 田中千穂子 『ひきこもりの家族関係』 講談社プラスアルファ新書、東京、2001年。

Usó, Juan Carlos, *Ulises* (Revista de viajes interiores) núm. 8, 2006.

Watsuji, Tetsuro, *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*, trad. del japonés de Juan Masiá y Anselmo Mataix, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2006.

和辻哲郎、『風土』岩波文庫、東京、2007.

WPA (World Psychiatric Association), 第12回世界精神医学会、横浜、24 – 29 de agosto de 2002.

Zielenziger, Michael, *Shutting out the Sun*, How Japan created own lost generation, 『ひきこもりの国』なぜ日本は「失われた世代」を生んだのか、日本の「風邪」が治らない理由、河野純治訳、光文社、2007年。